

# PERVIVENCIA

*Afterlife*

MOSHE ZUCKERMANN\*

[mzucki@post.tau.il](mailto:mzucki@post.tau.il)

*La incapacidad para el duelo*, el libro de Alexander y Margarete Mitscherlich publicado en 1967, no trataba –como a veces se cree erradamente– sobre la incapacidad de los alemanes para hacer el duelo por las víctimas de su régimen criminal derrotado en 1945, ante todo por los judíos exterminados, sino más bien –con un planteamiento psicoanalítico– sobre la incapacidad de hacer el duelo por la pérdida de la autoridad “paterna” amada y admirada de este Estado criminal, por la pérdida del “Führer”. Solo un duelo semejante hubiera permitido desvincularse de la instancia del Führer, y con ello superar la dependencia autoritaria respecto a ella. La frase de Adorno según la cual consideraba que “la persistencia del nacionalsocialismo en la democracia es potencialmente más peligrosa que la pervivencia de tendencias fascista contra la democracia” coincide con esta comprensión de los Mitscherlich. Pues mientras que las tendencias fascistas contra la democracia implican una confrontación antagonista en la que la democracia aparece como la antítesis del nazismo, que lo combate por principio o se defiende frente a él, “la persistencia del nacionalsocialismo en la democracia” implica que el nazismo está estructuralmente integrado en la democracia y que no ha sido superado por ella, de modo que la democracia solo mantiene la apariencia de ser realmente tal.

Adorno expresó este punto de vista de forma elocuente en varias ocasiones. En “Educación después de Auschwitz”, su ensayo de 1966, escribía: “Se habla de la amenaza de recaída en la barbarie. Pero ésta ya no amenaza, sino que Auschwitz fue la recaída; la barbarie persiste mientras pervivan en lo esencial las condiciones que permitieron dicha recaída. En eso consiste todo el horror. La presión social sigue gravitando, a pesar de la invisibilidad del peligro hoy, y empuja a los seres humanos a la atrocidad que culminó en Auschwitz a escala de la historia universal”. No se puede decir más claro: la barbarie sigue existiendo, incluso allí donde el peligro es invisible y se ha establecido una “normalidad” civil hermanada con la ideología del “todo-va-bien”. Pero esta “normalidad” alberga en sí lo atroz, no sólo porque los

---

\* Universidad de Tel Aviv.

seres humanos que se regodean en el primer mundo son ciegos a la miseria en otras regiones del mundo, más allá del ámbito del primer mundo rico, sino porque esa miseria sigue incidiendo también dentro de esta “normalidad”, y hace que en determinadas constelaciones socio-históricas lo aparentemente “normal” de un vuelco hacia la barbarie. Ese momento inmanente casi estructural pone de manifiesto la relación actual con nuevas dinámicas autoritarias en las sociedades supuestamente “post-autoritarias” de las que algunos se vanaglorian hoy.

El ejemplo más evidente de la actualidad reciente es la elección de Donald Trump como presidente de los Estados Unidos. Por una parte, algunos se preguntan cómo es posible que un hombre de características tan degeneradas haya podido llegar a la posición de la persona más poderosa del mundo. Más aún: qué es lo que le permite no resultar una figura imposible a pesar de todas sus insuficiencias, de su ignorancia y de un comportamiento que se burla de toda moral, incluyendo su fanfarronada de que él podría disparar a alguien en la Quinta Avenida sin perder votantes por ello. La respuesta recaería en el ámbito de lo que los autores de la Escuela de Frankfurt diagnosticaron como la dependencia psíquica de la personalidad autoritaria respecto a la autoridad (y con ello de la matriz psico-ideológica del fascismo). Por otra parte, habría que preguntarse también cómo es que un hombre como Donald Trump ha sido elegido como objeto de proyección de la obediencia autoritaria. Más aún: ¿cómo ha podido un capitalista multimillonario convertirse en el ídolo de las masas empobrecidas? La respuesta recaería en el ámbito de aquello a lo que remitía Adorno cuando decía que la presión social seguía gravitando, a pesar de la invisibilidad del peligro. Trump ha sabido prestar “oídos” a las demandas populistas del *rust belt*: los desfavorecidos y empobrecidos socialmente, cuya miseria se había vuelto “invisible” para Washington, vieron en el autodeclarado oponente de este Washington al verdadero representante de sus reclamos e intereses. En este punto no es relevante si se dejaban llevar por una falsa conciencia manifiesta (objetivamente no cabe esperar que Trump pueda superar su miseria, ni siquiera que aspire a hacerlo), sino sólo que pudieron satisfacer el impulso de su resentimiento (por muy ideologizada que estuviera) mediante la elección de Trump. Esa fue la constelación que convirtió la persistencia de la presión social en clave política, llevando al demagogo populista a convertirse en el ídolo de los humillados y los ultrajados.

Hoy esta constelación se manifiesta además en un momento en que la tesis de la industria cultural de Adorno y Horkheimer parece cobrar nueva actualidad. Para

ser precisos habría que radicalizar la argumentación de Adorno en este sentido. Porque, si es cierto que –como afirma el historiador de la cultura Michael Denning– ya no hay *nada* fuera de la cultura de masas; si además la industria cultural pretende la comercialización de *todos* los ámbitos institucionalizados que median la “realidad”, de modo que la forma de la mercancía se impone sobre nuestra percepción cotidiana, los mecanismos de cuotas integran a segmentos del público cada vez mayores en el campo de fuerzas global del incremento constante del consumo, pero al mismo tiempo las consecuencias represivas del aparato de integración con la ideología aparentemente emancipadora de una “liberación del mercado” democrática y una “democratización del consumo” pseudoliberal, de una “voluntad libre” y una decisión supuestamente “libre”, consiguen ocultar a un individuo en realidad cada vez más perfectamente adaptado. Si todo esto es cierto, la industria cultural ya no es la contrafigura del arte autónomo, sino *la* forma de percepción e interacción en *todo* el ámbito de influencia del capitalismo global. Significaría que el principio de intercambio, que está a la base de la lógica estructural de la industria cultural, se ha convertido en principio formal omniabarcante de la morfología de la alienación objetiva de las sociedades modernas. La “falsa conciencia” ya no remite solo a una superestructura ideológica reflejando una base, sino que se refiere a una ideología completamente dominada por la economía que se ha convertido en *praxis*, lo que Adorno en su momento denominó “contexto de obcecación total”. Desde este punto de vista la mediación de Auschwitz a través de películas de Hollywood como “La lista de Schindler” es solo un aspecto de la industria cultural; otro aspecto no menos relevante es que “la historia de Auschwitz se ha convertido en un material, en una materia prima con la que puede hacerse política del mismo modo que con una donación de campaña electoral”, como ha señalado Detlev Claussen. Aquí no se trata solo de la trivialización de la atrocidad mediante un uso inflacionario de los conceptos, no solo de que de tanto tematizar lo monstruoso se acabe por banalizarlo, sino –de forma menos aparente– de un debate que se produce de forma deliberada, de la provocación planificada de la sensación publicista. Como ya ocurrió en su día con la discusión sobre Goldhagen en Estados Unidos y el debate sobre el monumento al exterminio de los judíos europeos en Alemania, hoy toda controversia pública relevante puede degenerar en mera *praxis* de la ideología de la industria cultural. Es tan solo una cuestión de cantidad que da un vuelco en cualidad, y lo cierto es que la cantidad de opiniones que se manifiestan “democráticamente”, el número de *talk shows* televisivos que “discuten”, el alcance

de su fetichización mercantil: todo ello es testimonio de que, desde que la cultura “post-Auschwitz” dominante ha convertido a Auschwitz en mercancía de consumo cuyo valor de cambio se ha materializado en la estatuilla del Oscar, la barbarie ya no es solo cuestión de una praxis que sea objeto de reflexión ideológica, sino de una ideología que se ha convertido en paraxis.

En este sentido lo autoritario es el establecimiento de nuevas instancias de autoridad: el creciente entusiasmo por una cultura mediática que lo inunda todo con sus formas características del culto a las estrellas, la veneración por los ídolos y la mentalidad de los fans; en los *voyeurs* boquiabiertos de *talk shows* en los que los *freaks* y *low lives* exponen a la vista de todos su lamentable miseria y son celebrados por ello cuanto más drásticamente irrumpe su violencia, cuando más inarticuladamente se manifiesta su incapacidad de comunicarse, en el comportamiento del público de una especie de lucha de gladiadores moderna que proyecta su propia vida sobre la de quienes están completamente humillados; en la disposición hoy ya mecánica a exponerse a incitaciones al consumo, a la moda comercial y a lo sensacional cada vez más profesionalizadas y planificadas. Ya se trate de arte, de entretenimiento, de acontecimientos políticos o de catástrofes naturales, de asesinato o de muertos de hambre, del sorteo de la lotería o de la dimisión de un ministro: según la estructura de presentación, percepción y valoración todo se convierte en mercancía: la muerte en África puede traducirse en un valor económico de *prime-time*; se consume como *item* y su efecto tiene una duración que puede tasarse en la sensación sucesiva, en el programa de entretenimiento que viene a continuación. Lo autoritario es la aceptación fetichista de una virtualización de la vida que, si no viene “de arriba”, sí se produce “entre bastidores” y lleva incluso a que los hombres y las mujeres del tiempo se conviertan en personas de culto. Si para Adorno la familia seguía aún “las costumbres del propio grupo social étnico y religioso”, no ha cambiado nada fundamental en ello; pero habría que investigar en qué medida dichas “costumbres” cobran forma conforme a las reglas de las series familiares televisivas, y con ello en qué medida los “factores económicos” del mundo mediático de la industria cultural influyen en el “comportamiento de los padres para con sus hijos”. No entraremos aquí en si eso fomenta el fascismo. Eso solo podrá comprobarse cuando las condiciones históricas objetivas para su nuevo surgimiento se hayan desarrollado. Pero mientras las estructuras autoritarias de la personalidad sigan considerándose el “fundamento humano” del fascismo, puede suponerse que los elementos autoritarios tradicionales han sobrevivido en las sociedades modernas, y

con ello el inquietante peligro de fascismo que detectaran Adorno y Erich Fromm no ha desaparecido. Y con tanta más intensidad habrá que preguntarse si este carácter autoritario no habrá encontrado su (in)digno sucesor en la lógica Inmanente y la estructura de la industria cultural. También eso sería una pervivencia del fascismo en la democracia.

*Traducción del alemán: Jordi Maiso*